

EL COMBATIENTE

Glauce Baldovin

I

Ninguna aventura como arriesgarse en los mares donde se ha naufragado
porque ahí, en las profundidades
han quedado la quilla y el velamen que aún faltan descifrar.

Ya que todo lienzo toda madera todo hierro
tienen escritas palabras invisibles que nos conducen al suicidio o a la gloria.
No fui devorado porque las olas me arrojaron a playas desiertas a terrazas asoleadas
donde vi la vida crecer
envolverme.

El alcance de la resurrección.

Estaba muerto cuando me lancé a la mar, sin rumbo.

Muerto cuando deambulaba por las ciudades buscando rejas para fotografiar
para ahorcarme
criptas donde esconderme del sol
donde pensé que encontraría finalmente a mis fantasmas.

Pero llegaron huracanes violentos que desataron mis ataduras
que me envolvieron como a un pétalo y me arrastraron más allá de los límites donde
alcanza la memoria el aturdimiento.

Abrí los pórticos de un territorio desconocido
y me fue dado conocer la luz
el valor de las sombras.

II

Larga fue la travesía por territorios volcánicos resquebrajados
donde crece el deseo y descienden los halcones a devorarlos.
Porque es torturante el amor que no ha sido engendrado por la alegría
y la soledad del hombre en las habitaciones cerradas, clausuradas.
Es entonces que ni las piedras talismánicas los amuletos los sahumeros
ni aquellos dioses amados con guirnaldas y corazones podrán librarlo de su
cautiverio.

Yo arrojé a los cráteres las flores que crecen al sol
y mi corazón fue incendiado. Marchitado como una dalia.
Desgajé las higueras
ahogué pájaros corderos
subí a los montes a predicar la resignación
y fui condenado a la soledad. Al silencio.

Ya que no hay silencio más obstinado que el de las voces extrañas a nuestra lengua
y el de nuestra propia voz
regresándonos intacta para acuchillarnos el corazón.

Quise hablar
y se transformaron las palabras en corrientes subterráneas en ciegos escarabajos.
Es vasto el territorio del lenguaje
y difícil encontrar la palabra exacta para expresar el miedo la confusión.
Pero era tiempo de hablar
como antes fue el tiempo de buscar la vertiente donde lavar de ensoñaciones mis ojos
donde lavar mis pies de inútiles senderos.

III

Ya que desandado el camino
vuelvo a las raíces de la tierra
a sus combatientes
a la recreación del universo.

Y son en mis palabras los símbolos como mi alimento el hierro
porque aquellos capitanes que encontré
aquellos grumetes aquellos marineros
me arrastraron a otras latitudes
me dieron a comer tortugas y serpientes
y viéndome zozobrar dejaron que sólo encontrara el equilibrio.
Es en las tempestades donde se calma el corazón
o se naufraga.

IV

¿Quién me esperará en los confines de la patria
sino aquellos mismos que abandoné en la tormenta?
Fuerte el hombre en el amor acoge en su pecho al desterrado
le pone granos de sal en la lengua
le da de beber en la cuenca de las manos.

Habían quedado en la criba las semillas de la ira
y las arrojé al viento porque dije:
habré de construirme desde adentro como a una cripta en las rocas primarias.
Ya que nada de lo que fue nos está permitido olvidar
y crepitan aún las palabras que pronunciáramos en la víspera.

Preparemos nuestro corazón para cruzar el día
así como el navegante se prepara a cruzar la mar
y sea en nosotros lo sabido y lo por saber
pues lleno nuestro cesto con uvas silvestres
tiempo es de que cultivemos la vid.
Cada época exige nuevos alimentos
y la exigencia sea satisfecha para nuestro propio placer.

Habrá monstruos que degollar
granos que sembrar en las tierras baldías
serpientes agazapándose prontas al veneno a la picadura
y sirenas que nos cantarán como antiguamente le cantaron a Ulyses.

Entonces me agarraré a ti gritando por el tiempo transcurrido en el ocio
en la aventura
y tendrás que rescatarme otra vez de las corrientes ocultas.
Porque aprendí a medir mis fuerzas
pero también me fue dado aprender mi debilidad.

V

Vuelto el hombre de las tempestades sabrá hallar una roca el naufragio.
Aquella tierra que desconocí
aquellas raíces de las que abjuré por su amargor fueron
la última isla donde pude echar anclas
y su combatiente caído ametrallado
quien me arrancó de parajes fantasmales
-alegorías con horcas y crucifixiones, ventanas eternamente clausuradas-.
Ya que trizados los signos adversos
fue mi corazón la catedral donde vi cumplidos todos los misterios.
Su rostro en el sudario
sus heridas abriéndome la frente.

Dibujo regresado de los metales es en mí el principio y el fin del universo.

Todo lo creado
todo aquello que sobrepasó las fronteras de nuestro amor
nos será revelado.
Y los terrores nocturnos
los presagios con que me esperaba el alba
podré explicarlos desde su quietud.
Porque no hay palabra que sobrecoja su muerte
ni costa segura
ni archipiélago que pueda no ser espejismo.

VI

Antes aún de que hables

regreso de las cumbres a desentrañar el misterio de tus palabras

a clavarlas en semicírculos frente a tu puerta como a una corona de miosotis.

Porque habiendo sido la soledad nuestro continente

sus fronteras

su único habitante

sabemos que destruyendo la soledad destruimos aquella de la que no fuimos
pertenecidos

aquella que nos arrojó al abismo

y nos acostumbró a la ceguera a los alacranes.

¿Qué bestias que apacentan en mi corazón

-pájaros y víboras entrelazados-

tendré que degollar?

¿Qué miedos de los que arrastran a mi costa los sirgadores del insomnio tendré
que vencer?

Porque fue inútil la huida

el andamiaje montado para lanzarme a la mar como al vientre que me engendrara

y ovillarme otra vez

otra vez desaparecer en las profundidades.

Hay vientos en la tierra que me arrastran

y asisto a los alumbramientos y al crimen

a la contaminación del aire de los mares.

Nada de lo que hemos presenciado podremos ocultar

y será nuestro testimonio el jinete devastador galopando

a pesar de las hogueras de las alambradas.

Porque arrancadas tus palabras de las sombras fueron grabadas en las piedras
transmitidas a los metales.

Afilado cuchillo en la boca con el que celebraremos el gusto de la sal.

VII

Ríos negros de las ciudades, revueltos.
Sed de mar ahogada en los ríos
del ocio creador entre la hierba.
Sólo el que conoció la sed
conoce el sabor del agua y de los vientos que anteceden a la lluvia.
Vuelvo a saborear tus raíces. A beber de tus fuentes.
Unidos por la sed igual que estamos unidos por el hambre
fácil nos será inundar la tierra
y llegados a la mar
hacer estallar los estuarios
cambiar el rumbo de las corrientes marinas.
La revolución en la tierra
el mar será revolucionado
y aquella trágica inmutable oscuridad se llenará de resplandor
como se llenó el alba el primer día.
Porque habrá un retorno después de este camino torturante
y el estupor por la alegría y el silencio.
Por la propia sangre rescatada.
Testigo de la agonía
seré testigo de la resurrección de mis vértebras.
Yodo de mar escamada de la sal de las salinas
y el veneno de los escorpiones en los huesos que abonan la tierra.
Galopa la fosforescencia en la noche para restaurar la rebeldía
y la floración no se detiene ni aun bajo la escarcha.

He visto al combatiente despeñarse en la noche
haciendo florecer lo que el sol engendrara en la víspera

VII

2

y el derrumbe inmemorial cuando tembló su vientre
que es el mismo vientre de la tierra.

Aljibe donde los rostros fueron sepultados
torturas y balanzas con las que administran justicia
y los clavos con los que clausuraron nuestras puertas.

No hay más llave que la que fuera encontrada en los volcanes
donde él cribara las cenizas
ni otro sendero que aquel que recorriera.

VIII

El extranjero dentro de sus propias fronteras el hombre que no se entrega al amor
que no retorna a su lecho como a las fuentes primeras.

Ya que todo en nosotros como en la mar

-los navegantes y los náufragos los monstruos y las estrellas-

siempre volvemos al hombre porque en él comienzan los mitos y la sabiduría.

El grito apocalíptico como un escorpión de acero prendido en el pecho
y los jinetes del insomnio que galopan en la noche.

He visto su rostro quebrado por las olas

multiplicarse en los acantilados como un pez redentor que me trajera el alimento.

Yo mataré al que mató a mi hermano

al que envenenó las vertientes donde él bebía

y lo despojó de los sortilegios y las conmemoraciones.

Tendremos que bajar las escaleras con el mismo ardor con que las subimos

y aquellas profecías que escribieron las mujeres en la tierra

aquellos miembros mutilados para conjurar el peligro

cobrarán en nosotros el sentido exacto que ellas le dieran.

Ya que uno es el amor, uno el destino

y no habrá más gozo que gozar la alegría

ni más reposo que el reposo del corazón.

IX

¡Oh de aquel que desconoce al hombre a la mujer
que no ha mirado a las estrellas describir su órbita
que no ha escuchado al verano enunciarse en los pastos!
Ya que los misterios sólo le serán develados cuando arranque del lecho las sábanas del
amor
y descubra que a su lado durmió la muerte.
No hay amante más tiránica que la soledad del hombre que se amuralla en su propia
armadura
ni serpiente tan venenosa.

Quise administrar justicia
y cayó sobre mi cabeza la espada. Me partió en dos mitades.
Sol que no quema debe ser incendiado
y sus cenizas esparcidas en vastas regiones de agua.
Ninguna llaga de las que me abriera el miedo ha podido cicatrizar
ningún volcán de los que crecen en mis entradas ha dejado de estallar.

Fueron largas las galerías que recorrí para encontrar las llaves de mi corazón.
Mi lámpara.
Hasta que elegí mis propios huesos para moldear las columnas que sostendrán el
universo.

X

Todas las palabras que escribimos sobre el amor
los abalorios las coronas con que lo adornábamos sean desterrados.
La luz en la cabecera del hombre destruye los encantamientos, quita candados, cerrojos.
Porque día llegará en que habremos de revolcarnos como alacranes en nuestro propio
veneno
y serán entonces en la balanza los rostros ahogados por el cansancio
los clavos de la tortura.

Como rescatamos la vida será rescatado de la sombra el amor
vuelto a la superficie, a las costas.
No hay cabalgadura
no hay victoria para el hombre que transita la soledad.
Bajo el signo de los desposeídos se resquebraja el corazón
bajo las mujeres que persiguen a los pájaros
que se transforman en dragones.

Instaurado el incendio devastador las crecientes que desbordan
fue necesario el retiro
el sacrificio de la soledad en riberas donde no llega el canto.
Pero creciendo en nosotros la sal
madurado el deseo de tanto apacentar el sol
he aquí que volvemos por el amor
lo rescatamos del acantilado donde naufragara.
Combatientes en la vida combatimos por el amor.
Ya que siendo el amor nuestro remanso en la batalla
será nuestra tardía sepultura.
Nuestra gloria.

XI

¡Oh la muerte inútil en las galerías subterráneas y el luto de las mujeres!

Porque aquellas arboladuras que nos llegan quebradas por la marejada

son las que volvemos a enderezar

a clavar en las naves.

Y el velamen desgarrado

y los ropajes las investiduras que los arrancaron para arrojarlos en la mar

desnudos...

todo vuelve a nosotros y en nosotros se reencarna.

Como los halcones tenemos el volar en círculos concéntricos

y la lengua horadada afilada para transmitir los misterios.

Misterio de la resurrección en el cráter de la violencia

y los caballos nocturnos que pastan en el asfalto.

Ya que trizada la clepsidra

los relojes desarmados

coronas péndulos cuadrantes detenidos en la transparencia

el tiempo de la militancia no puede medirse con engranajes

y a la muerte se la clava en los tapices como a una mariposa.